

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

EL GENIAL IMAGINERO CASTELLANO.

ALONSO GONZALES BERRUGUETE

Publicamos en esta Sección las dos conferencias que últimamente dictara en nuestro Salón de Actos, el distinguido literato y notable escultor Victorio Macho.

Paredes de Nava

Voy en mi cabalgadura montaraz, gustando la prodigiosa serenidad de esta tarde castellana... caminando, caminando una vez más hacia la muy noble y arcaica villa de Paredes de Nava... Peregrino rico en devociones, voy hacia el lugar privilegiado donde nacieron Jorge Manrique y Alonso Berruguete, y ya contemplo desde un altozano el nido pardo de estas dos águilas fénix del blasón de la inmortal Castilla. Flota la ciudad allá abajo en una apoteosis de polvo de oro; luz del oro del trigo que levantan las trillas en las eras con su girar constante. Cánticos alegres, sonar del carillón de las campanas, extendiéndose por los campos infinitos como un sonido alado....

Y cantan los grillos embriagados del sol, lanza el cuco su melodía insinuante.... trinan los jilgueros y los pardales.... y huele a tomillo y a romero y a santo pan de Dios.

Y como ayer... siempre la misma luz sobre estas tierras excelsas... el mismo sonar de las campanas dando alma a este paisaje en torno, tan grave, tan austero y conmovedor, tan mío.

He dejado el camino, he subido a la cumbre de unos oteros y me he sentado sobre las tierras en barbecho que cubren los sagrados vestigios de una ciudad ibero-romana... y ahora, abs-

traído, destacando sobre el cielo terso, llevo a creerme una gárgola de piedra sensible que oteara el paisaje. . . . Aquí, precisamente aquí, en esta misma altura en que yo medito sobre el panorama paredaño, también se sentaría allá en el siglo XV aquél dolorido y desengañado caballero poeta Jorge Manrique, y desde este pedestal, propicio acaso, brotaron de la hondura de su melancolía las primeras estrofas de las inmortales coplas elegíacas. . . .

Recuerde el alma dormida,
Avive el seso y despierte
Contemplando
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

Y un siglo después, ¿qué supone un siglo en Castilla? el joven Alonso Berruguete contemplaría también esta comarca con su perfil de águila y su mirada firme y genial de estatuuario.

¡Oh milagro del Creador! ¡Cómo sinó por un prodigio es posible que en esta apariencia de lugarón castellano, hoy ya destaralado, con sus iglesias ruinosas y sus tapias de adobe, que simula una isla insignificante en medio de este océano de tierras pardas, se diera la maravillosa coincidencia de venir a tomar carne mortal dos almas tan excelsas? Jorge Manrique. . . . Alfonso Berruguete.

Florenca

Anda por Florenca, meca del Arte, el castellano Alonso Berruguete, vino atraído por las maravillas que le contara su padre, el excelente pintor Pedro González Berruguete. No hace mucho que llegó a la meca del Arte. . . . Varias veces ha contemplado ya el bello y juvenil San Jorge del gran Donatello, su arrogancia le ha impresionado; ha visto también las célebres puertas de la Gloria, obra famosa de Ghiberti; ha admirado su gracia y su maestría, quizá también ha tomado diseños persiguiendo el ritmo elegante de las agrupaciones de figuras—pero sin duda— éstas no han llegado con fuerza a su ápera sensibilidad. Cierito que son obras exquisitas las de Ghiberti, pero acaso le han parecido realizadas por mano poco viril.

El entusiasmo de nuestro joven escultor es para Donatello, Brunellesco y Jacobo de la Quercía, y sobre todo su obsesión grande y fervorosa es para Miguel Angel, el semidios que alienta y vive en Florenca, donde nuestro paisano alienta y vive también. El divino Miguel Angel, creador de un mundo de formas nuevas.

Muchas veces ha yantado nuestro escultor en las Traterías, donde acuden artistas, soldados y aventureros, que nada mejor que la franca camaradería que contagia el vino de Chianti—el bon vino— digno de ser paladeado por el gazzate insigne del arcipreste de Hita, el néctar que en su tiempo mereció el alto honor del elogio del soldado Miguel de Cervantes....El Chianti; Dios de la bonachonería y el regocijo, que alegra a jóvenes y a viejos, que centuplica en los artistas la fantasía creadora, despierta el ardimiento para el amor, y siempre da ingenio y optimismo a borbotones....¡Oh inolvidables tratorías de Génova, de Florencia, de Nápoles!...Hoy como ayer....

Cita el Vassari a un "Alonso Berruguete, espagnolo" que copió los cartones de Miguel Angel para la sala de la Señoría de Florencia, y que copió también el Laoconte en un concurso celebrado en Roma, y que continuó en Florencia un cuadro comenzado por Fra-Filippino Lippi....Lo que hace creer que nues-escultor pronto logró ser notado en aquel ambiente.

Mi excelente amigo don Ricardo Orueta, que con tanto cariño y comprensión ha estudiado la personalidad de Berruguete, recoge lo siguiente: "Se afirma que fué discípulo directo en el propio taller de Miguel Angel, sin que tampoco se conserve nada suyo de aquel tiempo, aunque en toda su obra posterior sí se pueden señalar reminiscencias del Arte Romano, y con más precisión de su estancia en Florencia...." De ser así, ¿estuvo mucho tiempo Berruguete al lado de Miguel Angel? ¿Desbastó en el enorme bloque de David? ¿Trabajó acaso en los sepuleros de Julio y Lorenzo de Médicis, esas obras que tan honda huella parecen haberle dejado? ¿Conoció las estatuas de los esclavos que hoy se conservan en el Louvre? Y acaso, ¿ayudó al genial florentino a labrar esa tormenta en mármol de formas titánicas, apenas iniciadas, que se conserva en el Museo de las Academia de Florencia para lección y guía de escultores?...¡Quién sabe nada de esto con exactitud!

Divaguemos, que siempre fué bello divagar. Dejemos a nuestro artista recorrer Italia a su antojo, no alteremos su impulso con fechas y datos herméticos que le encasillen, que no es esta la misión que aquí nos ha traído.

Imaginaos más bien, y acaso acertaréis, un temperamento apasionado, candente; tal como se muestra en su obra. Figuráosle joven y sumergido en aquel estupendo ambiente parnasiano, donde por un prodigio—que no ha de repetirse—se agruparon hombres tan excepcionales.

Imaginaos a Leonardo de Vinci, el de los ojos de luz genial, el de la faz dotada de perfiles de suprema inteligencia, el espíritu más alerta del Renacimiento, a quien preocuparon, tanto como el Arte, los problemas de la ciencia y de las matemáticas....

Ahora quizá, en este momento que le evocamos, el maestro Leonardo está inventando una alas para el hombre, estudia y analiza minuciosamente la delicada anatomía del armazón de las alas de los pájaros.... por eso apenas pinta en el dulce retrato de Monna Lisa, la "Gioconda", que se eterniza en el caballete más primorosa que tiene el artista en su taller. Ni tampoco suenan en estos atardeceres en el huerto del gran artista, las músicas acordadas que producen en el espíritu y en el bello rostro de Monna Lisa esa sonrisa enigmática que durante cuatro siglos ha de inspirar bellos madrigales a los poetas. El genial Leonardo de Vinci está ideando unas alas trascendentales. Acude al mercado y compra pájaros exóticos que estiliza en magistrales diseños. Algunas mañanitas sube el maestro a una colina que domina Florencia; acompañado de su discípulo predilecto, el Giovane Boltraffio; y llevan consigo estas aves del cielo, que Leonardo ha llegado a conocer tanto como su propio creador....y después de contemplarlas y acariciarlas una vez más, las deja libres sobre las palmas de sus manos, tal que Francisco de Asís.... y se extasia al verlas volar alegremente hacia la luz....y piensa el superhombre que sus sueños de poeta llegarán algún día a ser una realidad para la Ciencia.

El grande y turbulento Miguel Angel, de quien se murmura que ha tenido la arrogancia de enfrentarse con el Papa Julio II. ¡Quijote al fin! El iracundo Miguel Angel, que se encierra con su formidable salvajismo en la Capilla Sixtina para crear como un Dios. Aquél tirán arrogado, que para vengarse de sus altos enemigos (como antes lo hiciera Dante Alighieri) les retrata entre los condenados al infierno que conduce la pavorosa barca de Caronte.

El elegante y bello Rafael Sancio de Urbino, el amado por las Musas, el genio halagado por los Papas, el doncel soñado y deseado por las damas de la más alta alcurnia de la fastuosa Roma renacentista.

Y Sandro Boticelli, el pintor del refinamiento florentino, su más fino intérprete. Autor de ese delicioso cuadro "La Primavera", que hoy como ayer sigue apasionando a las sensibilidades más agudizadas y exquisitas.

Obra inolvidable, que es música y color, ensueño, gracia y tentación; la dulce tentación que hizo estremecer tantas veces la carne abrasada y flagelada del monje Savonarola, aquél que mandó quemar en la plaza de la Señoría cuantas obras de Boticelli llegaron a su alcance.... ¡Oh terrible neurótico Savonarola, el de la mirada ardiente! ¡Infeliz de tí, que veías el demonio en el rayo de sol que entraba por la ventana de tu celda, en las florecillas que brotaban en los patios recatados de tu convento, y en los senos de mármol de las estatuas paganas descubiertas en los campos de Fiésole!....

Pero dejemos aquí nuestro divagar y sigamos a Berruguete, ya de retorno, camino de España, que su genio ha granado y habrá de dar espléndida cosecha. Dice Orueta, con gran sentido y razón, pongamos atención en esto: que "Berruguete no logró de Italia otra cosa que las formas puramente externas, y que su espíritu siempre fué indígena, e indígena es con él la esencia y vigor de su estilo".

Ello es, que Alonso Berruguete se reintegra a su país, donde había de quedar su huella imborrable y personalísima. Sin duda alcanzó rico bagaje de cultura y vastos conocimientos del oficio de escultor, pero salió a tiempo de la seductora Italia. Aquella sequedad expresionista, y la precisión de la plástica castellana que había en su espíritu, acaso iba sintiéndose halagada por la sensualidad y paganía del arte italiano...y él lo notaba. Por eso, camino de España, sólo llevaba en su imaginación las concepciones miguelangélicas, y la nerviosidad expresiva del gran Donatello; en cambio es posible que el recuerdo de otros escultores y pintores fuera para él como un lastre del que deseara desprenderse....¡Hizo bien, hizo lo que debía, el más grande escultor castellano y español al abandonar Italia, que sin esta decisión imperiosa, sin esta voz de su genio, nunca hubiera sido tan nuestro!

El Taller de Berruguete

Suena y resuena el constante golpear de los duros mazos de encina sobre los formones y sobre las gúbias manejadas diestramente por los discípulos y operarios de Alonso Berruguete, que afanosamente van desbastando en maderas bien curadas, Vírgenes, Crucifijos, Angeles y Santos, Apóstoles y Profetas....

Canciones castellanas, canciones andaluzas, canciones italianas, confundidas en un eco alegre que recorre las amplias navas de los talleres del famoso imaginero. Es tarde de sábado; Giralte, el discípulo predilecto de Berruguete, trabaja en un cristo crucificado que ha de ser colocado en el Calvario del retablo de Olmedo. El maestro habrá de terminarlo con esos toques tan expresi-



vos y característicos de su estilo; que todas las obras importantes salidas de su taller, son creadas por su mente y pasan por sus manos.

Junto a un gran ventanal, un oficial pintor está polieromando una Ascensión. Más allá, el toledano Martínez de Castañeda, talla un relieve de complicada agrupación de figuras y Tordesillas desbasta con el brío de un hércules las figuras de un Descendimiento.

Olor penetrante a savia de madera y a pinturas; hay otros talleres para los carpinteros ensambladores y adornistas; allí se componen las grandes piezas de las arquitecturas de los retablos y se tallan los quiméricos frisos decorativos que luego serán recubiertos de oros reverberantes.

El maestro Alonso Berruguete tiene su taller en un lugar apartado donde proyecta, compone y dibuja los bocetos que luego habrán de realizarse.

Este taller da a un huerto de cipreses y moreras, aislado por tapiales de adobe, cubiertos en parte por la hiedra trepadora; hay en un ángulo, un antiguo brocal de pozo, y en el centro una bella fuente de mármol, rodeada de piedra y trozos de columnas romanas sustentando bellos fragmentos de esculturas griegas que fueron traídas de Nápoles por el maestro Berruguete.... Un hermoso mastín de tierras de Valencia es el guardián de este íntimo paraíso del artista.

Por las tardes, después del trabajo, viene Alonso Berruguete a sentarse aquí, el noble mastín se tiende a sus pies. Suele repasar el maestro los capítulos del Antiguo y Nuevo Testamento; y cuando ha gustado la divina poesía de una parábola de Jesús, levanta la cabeza hacia el espacio y contempla abstraídamente el volar de las golondrinas que cruzan temblorosas por este cielo, tan cielo de Castilla. Otras veces evoca Italia. ¡oh la evocación en la lejanía remansada! Siente nuestro escultor honda predilección por los versos de Dante Alighieri, y conserva amorosamente una rara edición florentina de "La Divina Comedia" que fué impresa en vida del maravilloso poeta. Algún pasaje del infierno le detiene en su lectura y entonces traza rápidamente, nerviosamente, unas líneas esquemáticas para recoger las imágenes que le ha sugerido el excelso florentino.

Hoy estuvo el señor obispo; le acompañaban el prior de San Benito y unos clérigos inquisidores. Vinieron al taller de Berruguete para conocer la marcha de los trabajos del gran retablo. Varón culto y entendido en materia de arte es su ilustrísima. Estuvo en Roma en visita a Julio II, y en Florencia hizo el encargo de un cáliz y una custodia al orfebre tan magnífico cuanto empedernido aventurero y fanfarrón Benvenuto Cellini. Mucho ha complacido

al prelado el Crucifijo de San Benito. Terminado ya y polieromado, y ha hecho acertados y lisonjers comentarios de lo que promete ser el conjunto del retablo... El prior ha asentido reverentemente, y su rostro ha expresado contento, pero los clérigos inquisidores se han mostrado enigmáticos, han callado, han hecho un aparte, han sonreído de perfil y después han mirado de reojo al escultor.

Su Ilustrísima ha presenciado la escena, y al salir ha dado a besar paternalmente el anillo pastoral al maestro Berruguete; ya desde el umbral de la puerta le ha bendecido.

Cesó el trabajo por hoy; poco a poco fué apagándose el sonar de mazos y escoplos... Sólo Giralte sigue tallando amorosamente en el torso agitado del Crucifijo de Olmedo, ya en esta penumbra que todo lo envuelve, forman un sólo bloque la obra y el joven escultor, creyérase que estaban abrazados.

Ahora son las campanas las que cantan. Campanas de San Benito, del Salvador, campanitas de Santa Clara y su sonar armonioso viene anunciando fiesta de guardar a través de los tapiales del huerto del imaginero; mañana acudirán endomingados los discípulos y operarios para acompañar al maestro a misa mayor, y el cortejo será semejante al que el divino Rafael Sancio suele llevar en Roma.

En tanto llega Berruguete portando una talega colmada de reales de vellón, Donato Fiéssole narra sus recuerdos de Italia. Cuenta la historia pasional de Paolo y Francesca de Rimini, habla de la Fornarina, y de la tisis de Rafael, de César Borgia, de la grandeza de los hermanos Médicis y Ludovico Esforza. Relata con entusiasmo los descubrimientos de maravillosas estatuas griegas hechos por el gran Leonardo, como el maestro las analiza y mide minuciosamente con frialdad científica, persiguiendo las proporciones y el secreto del bello canon helénico... Evocan las campiñas de Asís y de Perugia, habla del sagaz e ingenioso Maquiavelo, recita versos de Petrarca... y finalmente al recordar las dulces Ragazzas que sirven de modelo a Andrés del Sarto, trisca la lengua y pone ademán de graciosa picardía.

Su charlar armonioso y elegante, embelesa a los oyentes... La luz se va extinguendo; por los ventanales sólo llega ya el destello metálico que lanza la cerámica que corona una torre bizantina; las esculturas ahora, en la semioscuridad del taller, cobran nueva vida con sus estrofas de oro y recuerdan los ídolos contorsionados del Oriente. El Cristo en la Cruz, que dió por terminado el maestro Berruguete, tiene la expresión atormentada de un Dios dramático que espanta y sugestionada. -

La Composición de los Retablos

Como arquitecto, Berruguete es de palmaria inferioridad al extraordinario Miguel Angel y a los grandes artistas del renacimiento italiano.

Sus composiciones arquitecturales son un pretexto para desarrollar los temas exigidos; al menos, así hemos de creerlo. De aquí ese aglomerar de figuras y adornos en todas partes, con profusión abrumadora.

Recargamiento, carencia de armonía compositiva; que, en realidad, no es otro, en general, el mal de que adolecen nuestros retablos renacentistas. Yo pienso qué hubiera dicho el Paladín ante esa amalgama de volúmenes sin orden, equilibrio ni concierto. Acaso les hubiera tomado por obra de carpinteros, tallistas y decoradores, magníficos conocedores de su oficio, pero nada más.

Las arquitecturas berruguetianas son más voluminosas en la parte superior que en su base. La solidez para nada se ha tenido en cuenta; tanto, que estas grandes fábricas que contienen bosques de madera, parecen colosales marcos de profusas tallas colgados de los muros, y hasta tal punto es irrazonable su composición, que nos inspiran el temor de si irán a caer sobre nosotros.

No existe en ellos elementos sobrios, ni líneas puras. Por el contrario, fantasía desenfrenada, exuberancia de temas decorativos por doquier. Otros reverberantes, sofocantes, que nuestra retina soporta porque el tiempo—gran colaborador—los fué entonando sabiamente.

Pero, no sigamos insistiendo sobre esto, ya que, en realidad, Alonso González Berruguete y su genialidad se muestra bien patente en la obra de escultor.

Autos de Fe

Sin duda presencié Berruguete desde niño los “autos de fe”, celebrados, a plena luz del sol, en las plazas de Paredes, de Palencia, de Valladolid, de Toledo....

Vería a los condenados formando procesiones de carne viva, escenas bárbaras imaginadas por el genio monstruoso de la Inquisición, fanatismo, por fortuna, tan incomprensible para nuestra sensibilidad.

Contemplaría, traspasado de emoción, aquellos frisos de mártires anónimos... hombres, mujeres y adolescentes, subiendo horripilados hasta el pedestal de maderas resacas del gran ara del sacrificio purificador.

Infierno anticipado en la tierra, que hubo de dejar en el espíritu del gran artista un poco de tristeza y en su sensibilidad de

hombre el recuerdo de un olor denso y mareante a horno crematorio.

Y, tales visiones de ciega crueldad sin duda, despertaron en el castellano Alonso Berruguete esa fuerza de estilo inconfundible por su dramatismo. Que nadie mejor que él para dar forma y plasticidad a este feroz simulacro infernal de "Divina Comedia", constantemente representado en las plazas públicas de aquella España tenebrosa del siglo XVI.

Retablos de San Benito

Como llamas contorsionadas se agitan estas figuras que el gran escultor talló para el retablo de San Benito de Valladolid.

Alargamiento y proporciones góticas; policromía gótica aún, pero con un espíritu renacentista.

Figuras atormentadas, mostrando la anatomía que el propio Miguel Angel no logró desentrañar. Esa anatomía que trasciende del alma; formas negras, sin grasa ni sensualidad. Expresionismo verdadero y auténtico—añotemos esto—, ahora que ha surgido como nueva la tendencia expresionista en Alemania y en París. He aquí el más grande, original y espontáneo de los expresionistas, en el muy antiguo y muy moderno Alonso Gonzáles de Berruguete.

Biblioteca de Letras

Si los escultores griegos desbastaron el mármol Pentélico, para buscar en sus entrañas la belleza pura. Y los escultores del renacimiento italiano labraron sus mármoles de Carrara para lograr la forma, y la gracia, nuestro genial artista se hundía en la forma para dar con el alma.

Si los imagineros en tierras de Castilla, Juan de Juni, Gregorio Hernández, Gaspar Becerra, Giralte; y los andaluces, Martínez Montañés, Alonso Cano, Pedro de Mena, etcétera... suponen la maestría, el sabio conocimiento de la forma y un hondo sentimiento, con cuyas cualidades formaron esa incomparable pléyade de maestros en el arte de la escultura, de fuerza sin precedente en cualquiera otro país de la raza latina... Alonso Berruguete es más aún—si esto es posible; es la auténtica genialidad.

Porque genial es, sin duda, la gran estatua de San Benito y su bellissimo San Sebastián, y el patético y gesticulante Abraham, y su San Jerónimo, que parece arder en llama ascética... Y siempre geniales de concepción es esa colección maravillosa de pequeñas figuras que al mirarlas crecen inconmensurablemente por el enorme contenido espiritual que emana de sus formas y movimien-

tos, son obras producidas con tal fuego de creador alucinado que yo no conozco nada semejante.

Y, sin embargo, ¡qué lamentables caídas! ¡qué desgano a veces en este retablo de San Benito!

Berruguete aportó otra novedad al Arte con la policromía de sus figuras, que tan bien responden a su temperamento arrebatado. Técnica rica y eminentemente decorativa, en contraste con la policromía de aquellas imágenes realistas que habrían de aparecer tras de él y su obra.

Fondos azules muy oscuros, verdes, negros, pardos, sobre cuyo preparado mate puso infinidad de toques de oro, que dan a los ropajes suntuosidad oriental.

Otras veces son variados dibujos, en oro también, sobre análogos fondos oscuros, de resaltes insospechados en aristas y planos.

Las carnes y el cabello están pintados con libertad inaudita. Greñas agitadas por todos los vientos, alborotándose sobre la frente, sin que a veces ni siquiera se cuide el escultor de acusar sus relieves.

Barbas proféticas pintadas de manera impresionista, teniéndose muy en cuenta la altura en que habrán de ser colocadas estas obras. Paños simulados por el color, sobre deltoides y pectorales, donde en realidad tampoco ha sido acentuada la forma... Y sin embargo, ¡qué energía y qué seguridad!

El Cristo de San Benito de Valladolid

De las obras de Berruguete que no se pueden mirar serenamente es el Cristo en la Cruz, de la iglesia de San Benito de Valladolid. Ese crucificado, de anatomía tensa, atiránada hasta el paroxismo, como arco doloroso del que esperamos ver salir el alma disparada....

El día que logré acercarme a esta imagen, me acompañaba el admirado escritor Francisco de Cossío, entonces director del Museo de Valladolid. El prior de San Benito tuvo la deferencia de proporcionarme una escalera para mejor contemplar esta obra, hoy ya reintegrada al Museo, y creedme que cuando estuve junto a ella recibí una de las impresiones más intensas de mi vida de artista. No estuve ante una talla polieromada, sino ante la superación de la realidad; sí, porque aquello era la representación del hombre de carne y hueso, pero exaltada y esta palabra "exaltación" acudirá a mi pensamiento y a mis labios tantas veces como hable del glorioso imaginero. Era más bien como el Dios hecho hombre para crear el milagro de congobernarnos. El Divino Agoni-

zante, que sudaba el frío sudor de la muerte; el cuerpo que emanaba hedor de carne macerada.

La cabeza de un superrealismo extraordinario; la boca reseca y rígida, con mueca atroz de parálisis tetánica, y los ojos... aquellos ojos miraban como sólo podrían mirar los ojos de un Dios, sapiente de la inutilidad de un sacrificio que no habría de hacernos mejores ni más puros... por eso parecían llorar...

Las Tallas del Coro de la Catedral de Toledo

Sabia compenetración de la calidad plástica de la madera. He aquí el bello nogal desnudo de policromías y estofas que puedan alterar la maestría formal. Otra vez nos encontramos ante el inconfundible castellano, Alonso Berruguete, pero más firme, y al propio tiempo más cuidadoso y atento a la perfección.

Tallas que están al alcance de la mirada, y podrán ser apreciadas por la mano del espectador. No como en los grandes retablos, donde el alarde del escultor en los detalles había de pasar desapercibido. Aquí, en cambio, la obra ha de ser analizada total y parcialmente. Aparte de lo bien acordado del conjunto de las figuras, pocas veces se hicieron pies y manos más expresivos, ni trabajados con mayor conocimiento. Si Miguel Angel tuvo una manera característica y personal de dar movimiento a las manos y los pies de sus estatuas y en los colosos de las pinturas de la Capilla Sixtina, Berruguete llegó a superarle aquí.

Porque estas extremidades tan nerviosas y palpitantes de las figuras berruguetianas son únicas y no admiten parangón.

Y sin embargo en estas obras de Toledo, como en las de Valladolid ¡qué gran diferencia de unas a otras!

Varias son rotundas, tales "El Adán", "La Eva", "San Pedro", "Juan el Bautista", "San Andrés", "Judas Tadeo", "San Mateo", "Moisés", "Job", "La Sinagoga", dignas sin disputa del prestigio que alcanzó y mantiene el formidable tallista.

Es el arrebató y la pasión que le salen de dentro para convertirse en formas plásticas.

Por eso Berruguete, forma con Donatello y Miguel Angel, la gran trinidad latina de la escultura del Renacimiento.

La Transfiguración

Sentí decepción al contemplar de cerca el grupo de "La Transfiguración" que corona la parte central del coro de la Catedral toledana, obra de franca desorientación, puesto que tiene excesivo parentesco con aquellas teatrales, vacías de contenido espiritual

y religioso que produjo un siglo después el tan afamado cuanto empalagoso Bernini.

Es incomprensible como nuestro artista pudo caer en tal amaneramiento, y sin embargo, ¡oh, los artistas geniales!

Adosados a esta mole de "La Transfiguración", en lugar oculto, se conservan dos relieves de pequeño tamaño. En uno de ellos aparecen dos fantásticos jinetes apocalípticos que se acometen con furia infernal. Los caballos, que parecen relinchar enloquecidos, galopan desbocadamente sobre las revueltas aguas de una laguna Estigia.... Tienen estas quiméricas figuras tal fuerza y tal impulso que creyéraselas como dos nubes amenazadoras que al chocar habrán de producir el rayo, la destrucción y la muerte.

Como dice mi ilustre amigo don Ricardo Orueta:

"No cabe duda que Berruguete no habla nunca, no explica, no razona; lo único que hace es trasladarnos en su integridad las exquisiteces de su emoción con gritos, risas, suspiros, como puede, pero con todo el calor y toda su intimidad; por eso no es extraño que medie un abismo entre los relieves de San Benito y estos de aquí, o el medallón de Cuenca o el de San Francisco, de Cáceres; y también es indudable que aunque este coro no estuviera sobradamente documentado y no supiésemos siquiera que hubo un escultor castellano que se llamó Berruguete, bastarían estos dos relieves para que le afirmasen y para que no lo atribuyésemos a ningún otro de los que cita la Historia de nuestro Arte, ni la Historia del Arte de ningún pueblo. Como a un genio que tenía ignorado, a unos agrada y a otros nó, pero que todos convendrían en llamar, mientras los pacienzudos eruditos no dijeran con el nombre, "El Maestro de la Pasión".

Exactamente "El Maestro de la Pasión". Que no es posible comentar a Berruguete sin arrebatos, como quizá tampoco sin exageración ni ardimiento, porque su arte es arte contagioso, y si llega a prender en nuestra sensibilidad ya no seremos dueños de serenidad para el análisis, sino por el contrario, nos sentiremos poseídos de pasión estética.

Pues bien, este relieve de los dos jinetes apocalípticos, que si es pequeño de tamaño es inmenso de contenido, pienso yo que quizá lo hizo el escultor para desahogo y descarga de su conciencia, ya que el grupo aparatoso de "La Transfiguración" acaso fué un encargo que no pudo realizar libremente, sino sometido a imposiciones, que traen siempre los resultados más funestos.

Santa Ursula de Toledo (Retablo de la Visitación)

Acudí muy de mañana a la limpia, clara y recatada iglesita monjil de Santa Ursula; en ella me enfrenté con el delicioso gru-

po de la Visitación. Es asombroso que nadie en nuestra época, hasta el señor Gómez Moreno, hubiera atribuído esta obra a Berruguete.

No comentemos nosotros el retablo, que sí tiene partes afortunadas, también desarmonías y truncamientos, que corroboran las opiniones de los señores Gómez Moreno y Orueta. Ocupémonos breve y exclusivamente de algunos trazos sobre el grupo de la Visitación.

Parecen figuras flotando. Dos Victorias cristianas que van a abrazarse. Dinamismo sin par en la estaturia ibérica.

La bellísima Virgen puede compararse con la espiritualidad y la gracia exquisita de las Vírgenes italianas, pero tiene además en su rostro y movimiento una nobleza de gesto y una feminidad tan elevada, que sólo por un castellano habría de estar concebida.

Hay tal luz en este grupo, que demuestra que si Berruguete es turbulento y atormentado por lo general, también puede llegar a sentir y expresar la poesía más delicada y tierna. En esta escena, los volúmenes y las líneas tienen una musicalidad difusa, que va de la Virgen a Santa Isabel, de Santa Isabel a la Virgen.... Diálogo dulcísimo del que nosotros llegamos a participar también, porque todo parece hablar, tal es su ritmo y expresión.

Técnicamente responde bien a la manera de aquel maestro Berruguete del retablo de San Benito de Valladolid, pero entiendo que aquí (prestando de figuras accesorias) se nos muestra más depurado y de una concepción más elevada y espiritual.

Gran riqueza polícroma con sus oros decorando sobre los negros mate, o azules y verdes profundos.

Berruguete y el Greco

Alonso Berruguete y el cretense Domenico Theotocópuli, han sido comparados. Cierta que el canon de proporciones es semejante por su alargamiento, así como el movimiento de las figuras tiene indudable parentesco, también el parentesco de la tendencia barroquista proyectada por la sombra colosal de Miguel Angel, aunque en el fondo, Berruguete sea un gótico de tierras de Palencia, y el Greco un bizantino, injerto en castellanía.

Pero Berruguete es seco, fortísimo, áspero, sarmentoso, contorsionado y arrebatado hasta el furor.

Sus tallas gesticulan, gritan y se atirantan con elocuencia patética y frenética de figuras de purgatorio, o como Prometeos encadenados que sufrieran la quemazón de las dentelladas de las pasiones que martirizarán al hombre mientras la descendencia de Adán exista. Hacen esfuerzos supremos para ser de una verdad verdadera y humana, que no las basta ya con su limitación de si-

mulaeros geniales, sino que exigen—tan próximas están al prodigio—vivir para ser abrasadas de pecados y concupiscencias de que después poder arrepentirse. ¡Por algo aquellos inquisidores de Valladolid miraban a Berruguete tan aviesamente y sonreían de perfil!

Al contrario, el Greco, más bien sugiere en sus pinturas un mundo envuelto de luz astral, manifestado por medio de armonías de líneas y tonos, son almas corporizadas, son luces fosforescentes y lívidas en la sombra, ensueño y misterio, el más allá poético. Porque esas miradas y esas frentes radiantes de las figuras de Domenico Theotocópuli no son miradas terrenales, sino las miradas y las frentes de las almas que gozan de paz interior porque fueron purificadas.

Las figuras talladas por Berruguete son cuerpos con almas en pena....Las figuras de los cuadros del Greco, bien pudiera decirse que son almas en estado de gracia.

El Sepulcro del Cardenal Tavera

Es imponente esta estatua tumbal, cuya efigie marmórea representa a aquel cardenal Tavera que fundó en el siglo XVI el magnífico Hospital de las afueras de la imperial Toledo, que nunca, hasta entonces, supo la escultura expresar ese misterio que sólo parecen ver y comprender los ojos turbios, y mal cerrados de los muertos....Mientras el prócer cardenal encerrado en su ataúd, habrá ido destruyéndose lentamente, implacablemente, hora tras hora, roído por la constancia obstinada de las larvas silenciosas, de los trabajadores de la muerte. Cuando sólo quedará de tan alto gerarca de la Iglesia no más que una osamenta cenicienta y miserable, recubierta por tiras de pellejo reseco. Ahora, ya que nadie podría reconocerle, aun a pesar de las magnificentes vestiduras cardenalcias y la gran mitra bordada que estará desprendida de la calavera insigne; y el rico pectoral, sobre el que habrá caído la mandíbula inferior con una mueca de bostezo eterno. Y el soberbio báculo oxidado por las emanaciones producidas por la descomposición....Aquí arriba en cambio, ¡oh milagro del Arte! sigue la estatua del cardenal Tavera sumergiendo su mirada a través de ese pórtico que nuestro conocimiento no ha de alcanzar hasta la hora postrera.

He subido a una escalera que tienen las monjitas al pie del sepulcro. He trepado después sobre el mármol, poseído de una curiosidad irresistible, y he posado mis manos de escultor sobre las enguantadas manos marmóreas del cardenal....Y estas mis manos, que tanto saben ya del frío de la piedra, han temblado.

He mirado de cerca, obsesionadamente, el rostro yerto de Tavera y he creído, como si en realidad acabara de quedarse vacío

del alma, por eso he sentido pavor... La monjita custodia, está abajo arrodillada; las amplias tocas ocultan su cara, acaso la he transmitido mi emoción y sienta miedo por primera vez.

Sí, esta es la obra más lograda y genial de Alonso Berruguete, tan intensa, que sobrecoge y anonada. Su última creación; formidable epílogo plástico que nos legó antes de morir de ya avanzada edad.

Lástima que el sarcófago, aunque responda a diseños del maestro carezca de interés, y por el contrario destruya la severidad que el tema requería. Yo apartaría la estatua funeraria de ese alarde de artífice renacentista con alegorías agobiantes, y la expondría algo más abajo, sobre un túmulo de granito pulimentado, de sencillez total. Pero como esta idea habría de parecer descabellada a ciertos arqueólogos, pediría al menos que desaparecieran las figuras inexpresivas y vulgares que profanan con su proximidad a la estatua yacente; ésto, a mi entender, sería rendir un tributo de comprensión y respeto al glorioso nombre del artista.

Varias veces me he enfrentado con esta escultura, últimamente cuando mis convicciones de escultor se hallaban bien distantes del concepto renacentista; pero tal obra se mantendrá siempre, a pesar de las teorías y tendencias de arte en lo porvenir.

La blancura dorada del mármol y el exceso de luz que a ciertas horas descende de la bóveda del templo, deslumbran al principio, pero pronto destaca firme el aguileño perfil y la noble figura revestida con la indumentaria de alto personaje de la Iglesia.

Nada aquí arriba en el mármol purísimo, de aquella repugnante gusanera a lo Valdés Leal, que el espectador puede imaginar sumergida en el fondo de la huesa, que esta sensación de silencio angusto de la muerte, sólo un castellano genial hubiera sido capaz de producirla....

He visto en uno de los torreones del Hospital de Afuera, la casa donde vivió y feneció nuestro escultor; sus estancias son amplias y serenas. Al salir a los soberbios patios he escuchado un viejo reloj, aquél reloj de la torre que entonces marcó la hora de tránsito del genio de la escultura castellana.

Pero la vida sigue sin embargo... Afuera ya, en los jardines de la maravillosa Toledo, hay un grato ambiente provinciano. Los niños cantan y ríen jugando al corro, y sus canciones y su reír son alegres como los almendros en flor, y los primeros brotes llenos de gracia que asoman en las ramitas tiernas de las acacias. Fuera de los muros del Hospital todo es risueño, optimista y prometedor en esta mañanita primaveral, con su olor de arrayán, y el murmurar del agua al correr por las acequias morunas. Y es clara y pura la luz, inocente el piar de los pardales nuevos, y dulce

y bello el sonreír amable de las mozas morenas de cuerpo de ánfora, que vienen a la fuente.

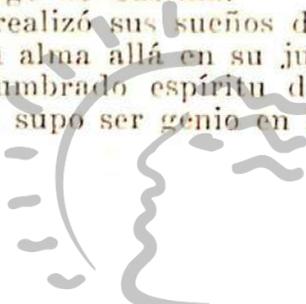
Comentario

Creo que el gran Alonso Berruguete no encontró por entero el ambiente que requería su poderoso temperamento. Se le encomendaron obras en profusión, y en ellas demostró una imaginación inagotable, pero su talento fué mal comprendido. Ocupó su vida en realizar temas harto manoseados por artistas anteriores a él, aunque sin embargo, cuanto él concibió fué nuevo por su fecunda y rica originalidad.

Es lamentable que Berruguete no atendiera solamente a las grandes concepciones como Miguel Angel. El tan fuerza de naturaleza, luchando con los Cabildos y pleitando siempre; que en eso se sintió bien hidalgo de Castilla.

Por eso acaso no realizó sus sueños de escultor, aquellos sueños que nacieran en su alma allá en su juventud de Italia al contacto del siempre encumbrado espíritu del altivo Miguel Angel, el que como Beethoven supo ser genio en la vida y en el arte.

VICTORIO MACHO.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»